

¿Qué hacemos con Dios en el siglo XXI?



Kenneth William R. Bain

Teólogo y periodista

www.kennethwbain@hotmail.com

¿Qué hacemos con Dios en el siglo XXI?

Kenneth William R. Bain

Teólogo y periodista

www.kennethwbain@hotmail.com

De por sí, la temática que abordaré es bastante aterradora, porque hoy en pleno siglo XXI la gente alrededor de todo el mundo ya no cree más en Dios. Esto significa que a nadie le importa defender la vida, el amor por la justicia y la verdad, que deben ser pilares fundamentales para fomentar la cultura de la solidaridad. En primer plano veremos en qué Dios creemos los seres humanos

Cada día la brecha entre ricos y pobres es más escandalosa, provocamos guerras, destrucciones masivas con armas sofisticadas, y otros tipos de terrorismo con tal de demostrar quién tiene más poder en el mundo, quién domina a quién, con un fin específico: exterminar la vida humana incluyendo el medio ambiente en el que vive, todo en miras a desarrollarse a costillas de los países más pobres. Dicho de otra manera, los países del tercer y cuarto mundo serán siempre los esclavos del señor mercado, la globalización, el neoliberalismo, sistemas que en nada contribuyen a la humanización del mercado internacional y sus políticas monetarias.

Entonces nos preguntamos: ¿Qué hacemos con Dios en el siglo XXI? Más aun, ¿que-



remos sustituir al Dios de la vida por el dios mercado que provoca muerte y sufrimiento a tantos seres humanos? Dicho de otro modo, en un contexto de globalización y neoliberalismo (maneras de enmascarar la muerte súbita de los países pobres si no se ponen a la altura de estos sistemas), se quiere hacer desaparecer la fe en el Dios que camina con su pueblo, sufrido, pobre y derrengado.

Jesús nos dio a conocer un Dios con entrañas de misericordia, que exige justicia para los crucificados de la historia, como en las parábolas llamadas del Reino de Dios, que no vacila en hacer hasta lo imposible para que sus hijos e hijas se conviertan en seres humanos más humanizados en este mundo escandalosamente tan deshumanizado por sistemas irracionales que sólo producen más miseria y zozobra.

Las parábolas del Reino

En tiempos de Jesús también había sistemas opresores y deshumanizantes tales como los excesivos cobros de impuestos. Jesús echó mano de un género literario en el cual para unos ocultaba su significado y para otros revelaba al Dios compasivo misericordioso, amoroso, que va en busca de los seres humanos descarriados, principalmente aquellos que les cargaban en su conciencia el complejo de culpa. Dicho de otra manera, el Dios en el que creyó Jesús, Monseñor Romero, Ellacu, Segundo, Lolo, Nacho, Elba, Celina y tantos mártires, no es el dios dinero, explotador, exigiendo sacrificios para aplacar su ira por el pecado de la humanidad sino más bien, un Dios que sale a la búsqueda de sus hijos e hijas que no son capaces de amar a sus enemigos, que no son capaces de perdonar.

En suma, las parábolas aclaran para unas personas lo que significa el Reino y ocultan para otras ese significado. Además, instruyen en tres cosas: Acuñar la centralidad del Reino de Dios: el Sembrador (Lc. 8, 10; Mt. 13, 18-19); la Cizaña (Mt. 13, 24-25); el Siervo sin entrañas (Mt. 18, 23); los Jornaleros de la viña (Mt. 20- 21); la Levadura (Mt. 13, 33; Lc. 13, 20).

Las que desenmascaran o presentan al mismo tiempo la vida "tal cual es" y la vida "tal como tendría que ser". Lo central de esto es que nos cambia la imagen de Dios porque creemos en un Dios amenazador, que produce miedo o que nos pedirá cuentas. Este es el Dios implacable con los perdidos y rechazados. En el evangelio de Lucas capítulo 15, nos dice todo lo contrario, ya que Jesús los acoge y come con ellos (Lc. 15, 2) y responde con tres parábolas; la Oveja perdida (Lc. 15, 4-7); la Moneda perdida (Lc. 15, 8-10) y el Hijo pródigo (Lc. 15, 11-32). Lo que en el fondo dicen estas parábolas es cómo reacciona Dios ante lo que nosotros consideramos perdido, lo que se convierte en alegría desbordante cuando encuentra al extraviado.

Jesús nos descubre no sólo cómo es Dios, amoroso, compasivo y misericordioso sino que nos descubre cómo somos nosotros. Para esto echamos mano de la ética. Por un lado está la ética de la observancia (el sacerdote) y por otra, está la ética de la solidaridad (el samaritano). Lo que tratamos de decir es que para Dios lo que cuenta no es lo que uno dice sino lo que uno hace (Mt. 7, 21). Lo que Dios quiere es que cambiemos de manera radical la forma de ver y entender la sociedad y las preferencias que normalmente hemos asimilado como lo que "tiene que ser".

El Reino no es para los "selectos" o "preferidos"

Hay mucha gente que cree que esto del Reino es exclusivo para los hombres y mujeres de la religión, los selectos, los preferidos. Enseguida nos damos cuenta de que esto no es así, sino que el Reino de Dios está íntimamente ligado a los estratos bajos de la sociedad. Lo hemos constatado en las parábolas, en donde se nos dice claramente que los

invitados al banquete del Reino de Dios son los pobres, despreciados, los nadies, las prostitutas, los publicanos, los borrachos y el samaritano que se solidariza con los vaporeados por el camino, los perdidos, etc.

Por otra parte esto del Reino no admite ni componendas ni mucho menos compromisos tales como el exclusivismo, la discriminación religiosa, porque esto produce muerte, dolor y sufrimiento. Jesús dice cómo debemos ser las relaciones entre Dios y los seres humanos.

La vida es más importante que la religión

Hay dos conflictos sumamente dramáticos y muy fuertes y es aquí donde el Reino de Dios alcanza su expresión máxima, las dos violaciones a la ley de sábado. La primera es cuando los discípulos arrancan espigas (Mc. 2, 23-28) y la segunda cuando Jesús cura al hombre que tenía brazo atrofiado (Mc. 3, 1-6). En ambos casos Jesús daba vida y las autoridades lo que sacaron de esto fue la sentencia de muerte para Jesús (Mc. 3, 6).

De lo anterior se puede deducir claramente que el poder puede disfrazarse de religión. ¿Por qué? Sencillamente porque se corre el peligro de que en la sociedad de Jesús como en las sociedades actuales (teniendo en cuenta los cambios que ha habido en los últimos siglos y que repercuten en el siglo XXI), someterse al yugo de la Ley, era someterse a los escribas y fariseos. Hoy en nuestro tiempo es casi lo mismo solamente que las leyes son más sofisticadas y represivas.

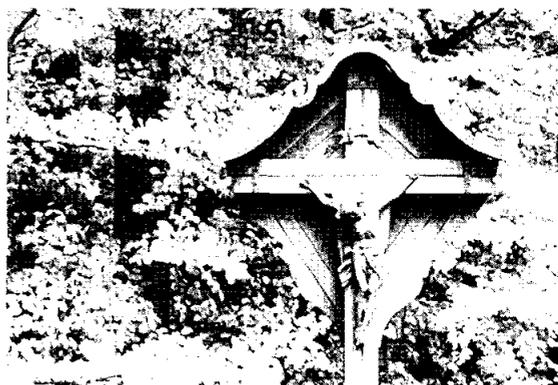
Estando así las cosas, la religión representa un poder que llega a donde nadie puede llegar y toca donde nadie puede tocar, esto es en la intimidad misma de la conciencia. Dicho de otra manera, es el lugar en donde cada cual se ve a sí mismo como una

persona digna y respetable o todo lo contrario, como un perdido e indeseable y es por eso que Jesús les echa en cara dos cosas: por un lado les llamó hipócritas (Mt. 5, 7; 18; 23, 13. 15. 23. 25. 27. 28. 29; Mc. 7, 6; 12, 15; Lc. 12, 1) y por otro les llamó guías ciegos (Mt. 15, 14; 23, 16. 17. 19. 24. 26.).

De lo anterior se puede concluir que sus vidas y actitudes más hondas no correspondían a sus palabras y en consecuencia a lo que afirmaban defender. Lo peor de todo es que "filtraban el mosquito y se tragaban el camello" (Mt. 23, 24). Es decir, la inversión de las cosas, a lo insignificante le daba gran importancia religiosa y, en cambio, atropellaban los derechos de las personas incluyendo la vida.

El dios mercado

Antes de comenzar este apartado, debemos recordar que Jesús fue explícito cuando dijo que hay dos grupos de personas que no entran en el Reino de Dios: a) los que no se hacen como niños (Mc 10, 15; Mt. 18, 3; Lc. 18, 17); y b) los ricos (Mc. 10, 25; Mt. 19, 23-24; Lc. 18, 24-25). Además, los discípulos de Jesús peleaban los primeros puestos (Mc. 10, 37; Mt 20, 21) y quién era el más grande (Mc. 9, 34; Mt. 18, 1; Lc. 9, 46; 22, 24). Lo que viene a decir es que ellos también tenían apetencias de poder similares.



La inmensa mayoría han querido convertir al Dios de Jesús en un dios mercantilista el cual sirve para saciar el hambre de poder y ambición de un grupo selecto de personas que manipulan todo lo que puedan manipular y si es posible excluir de su lista a los países pobres a los que vino Jesús. El mercado internacional y los tratados de libre comercio no son la excepción, pues son sistemas económicos altamente excluyentes que provocan en los países subdesarrollados, incapacidad de ser competitivos ante las exigencias de estos ídolos de muerte. Lo que se desprende es que no todos los seres humanos somos iguales ante la ley humana, pero sí lo somos ante el Dios de la vida. Son sistemas macabros con el único cometido de empobrecer más y más las ya tan deterioradas economías de estos países pobres.

Por supuesto que todo esto provoca conflictos con los que tienen el poder, ya sea este religioso, político, social y cultural. Lo que no debe olvidarse es que Jesús compartió con los pobres, marginados y despreciados la mesa del banquete de bodas porque significa llanamente que está a favor de la vida y en contra de todo aquello que produce "muerte" (Mc. 2, 18-22). Dicho de otro modo, Jesús produce alegría a la vida de los seres humanos significando que la vida es más importante que cualquier sistema opresor, excluyente y empobrecedor de las inmensas mayorías.

Los que tienen el poder no hacen más que enriquecerse a costa de firmas de tratados de libre comercio, y es una constante interminable. Los que pagan los platos rotos son los excluidos por este tipo de sistemas que provocan inestabilidad laboral pues uno de los puntos álgidos, que no dicen, es que para ser competitivo en el mercado de los peces gordos, se de-



ben reducir costos incluyendo mano de obra. Dicho de otro modo, los que quieren competir por un puesto de privilegio para poder exportar sus productos es eliminando personal, pues con ese dinero pueden comerciar y ser "competitivos" por no decir otra cosa.

La insolidaridad lleva al caos.

Las personas más religiosas, más piadosas, las que se creen privilegiadas o elegidas como decía al principio de este artículo, son las personas más insolidarias e inhumanas que existen en los diferentes estratos de la sociedad. Creen que por asistir a las celebraciones litúrgicas, celebraciones públicas, inauguraciones de obras y un sin fin de cosas, están a un paso de entrar en el Reino de Dios a participar del banquete de bodas, pero no levantan ni un dedo por ayudar a los más pobres, a los que exigen justicia con verdad, los que piden solidaridad para con sus necesidades fundamentales como son la libertad de expresión y de elección de sí quieren esto o lo otro

para el bien común. Estas personas que se creen mejor que las demás, están lejos de heredar el Reino de Dios.

Aún más, se ve a gente explotadora, empobrecedora, como lo son los políticos que dicen y, lo que es peor, que pregonan a los cuatro vientos de que ellos han sido elegidos por el pueblo y se deben al pueblo. Claro, esto es cierto, pero la ironía es que ellos nunca han escuchado los clamores de estos pueblos cuando piden justicia para las víctimas de estos sistemas económicos inhumanos que ellos mismos avalan. Jesús hizo todo lo contrario, la constante solidaridad con el pueblo, con los pobres, enfermos, endemoniados, pecadores y marginados le provocó enfrentamientos con este tipo de gente de la religión, simplemente porque entró en sintonía con el pueblo, con sus problemas, sus derechos y reivindicaciones. Pero también se ve la solidaridad del pueblo con Jesús.

Peor aún es cuando se les ve en celebraciones litúrgicas, reciben la comunión de parte de Obispos que están casados con el sistema opresor y deshumanizante que provoca víctimas mortales, tal es el caso de nuestros políticos a sabiendas de que sus manos están cubiertas de sangre. Sangre de este pueblo que ya no se deja mentir ni mucho menos embaucar en largos discursos que solemos llamar "verborrea".

En conclusión podemos decir que el Reino de Dios no puede ser identificado con el poder, con los selectos, los intachables, las personas altamente espirituales, un alma escogida, preferida, sino donde los últimos y los considerados nadie, aquellos que en tiempos de Jesús eran marginados y despreciados aun en la actualidad. Es aquí donde se da la renuncia que

acompaña el seguimiento, el cual implica solidaridad con los últimos porque resulta difícil y problemático que los selectos puedan dar vida a los que menos vida tienen, y además que puedan ser sujetos capaces de enterarse y de vivir lo que es el Reino de Dios.

¿Sustituir al Dios de Jesús por el materialismo?

No quisiéramos caer en lo que Federico Nietzsche dio por llamar a una de sus obras: *La muerte de Dios*, porque sería desastroso caer en este tipo de pensamiento filosófico. El problema estriba en preguntarnos después de haber hecho este recorrido: ¿Puede Dios remediar el mal? ¿Puede evitarlo o no puede o no quiere? ¿Se le ha escapado de las manos la solución a esta problemática mundial que llamamos el mal?



Puede haber más interrogante pero basten estas para que los y las lectoras vayan pensando en este tema. Dicho de otra manera, nosotros ya no sabemos qué hacer con Dios, porque Él ya no sabe qué hacer con nosotros; mejor dicho, no sabe cómo enamorarnos para que regresemos a su morada, porque en realidad no es el ser humano el que busca a Dios sino todo lo contrario, es Dios quien nos busca constantemente para que seamos cada día más humanos para poder humanizar a otros.

Este mundo ha sido creado para que todos y todas vivamos armónicamente, utilizando los recursos con responsabilidad pero lastimosamente hemos dañado el ecosistema, abusado de las primicias de la tierra, del oxígeno, hemos provocado zozobra, muerte, destrucción, guerras nucleares, países víctimas de la ambición y del poder, apoderarse de tierras a sabiendas de que todo lo que hay en ella es de Dios, puesto que la tierra no le ha sido dada al hombre sino que es éste quien ha sido colocado en ella para que la trabaje.

Conclusión

Si los sistemas económicos no están siendo diseñados de manera que todos y todas puedan participar y así gozar de los be-

neficios a los que tienen derecho, difícil será encontrar la concordia entre las partes involucradas en la toma de decisiones.

Por otra parte, el Dios de Jesús no puede ser sustituido por nada ni nadie, ni siquiera a aquellos que por más costumbres ascéticas de alta espiritualidad, que quieren aparentar gran humildad ante los demás pero explotando y empobreciendo a los más débiles, estamos lejos de podernos llamar hijos e hijas de Dios. La diferencia entre el Dios de Jesús y el dios en el que cree mucha gente se ha hecho palpable a lo largo de este artículo. No es un Dios que se deja manipular por sacrificios de inocentes creyendo que es la manera de cómo domesticamos a Dios para que nos conceda lo que pedimos. Tampoco es un Dios pasivo que se queda impávido ante las atrocidades que se cometen contra los más débiles.

Para terminar, Dios quiere en bienestar y la felicidad plena de todos los seres humanos pero esto no se logrará si no nos humanizamos y la fe en el Dios de la vida esté primera que los intereses de unos pocos creyendo en la autosuficiencia, difícilmente haremos que este mundo sea más habitable, humano, justo, libre, digno y sobre todo que todos y todas tenga el con qué de cada día.